

# Desigualdades interseccionales: dos generaciones de mujeres migrantes e hijas en el Área Reconquista del Gran Buenos Aires

Natalia Gavazzo

Como continuación de un trabajo anterior (Gavazzo *et al.*, 2020), parto de que las migraciones son escenarios privilegiados para analizar las desigualdades, ya que en el mundo son los sujetos en tránsito quienes engrosan las clases trabajadoras donde las oportunidades laborales los atraen, sobre todo en las ciudades. Las desigualdades entre migrantes y nativos, o entre grupos de migrantes, se comprendieron frecuentemente desde un punto de vista economicista, desde el cual la apropiación asimétrica de capitales es determinante de las trayectorias personales y colectivas de dichas poblaciones (Portes, 1997; Sassen, 2000). Así, los estudios migratorios abordaron las desigualdades en el acceso al mercado laboral y la constitución de enclaves étnicos (Maguid, 1995; Benencia, 2009; Cerruti, 2009), como también en la participación económica en origen y destino (Martínez Pizarro, 2003; Hinojosa, 2009). En ese sentido, los motivos de la emigración son generalmente definidos como económicos, lo que se refuerza en el destino cuando se muestra que la mano de obra migrante es altamente explotada y precarizada, ocupando los espacios de la producción menos calificados y mal pagos de la estructura económica

del lugar en que reside. No obstante, la expectativa de ascenso social que promete la migración existe y guía las trayectorias de migrantes en todo el mundo, muchas veces canalizándose “vía descendencia” como cuando padres y madres invierten en la educación y manutención de sus hijos/as (sean o no migrantes) esperando un futuro éxito económico para la familia (Pedreño, 2010; Dalle, 2013).

Así, busco destacar la importancia de la *variable cultural* de las migraciones que remite a la construcción social de comunidades, prácticas y representaciones como determinantes de las condiciones de vida material (Bourdieu, 1990; Brettell y Hollifield, 2000; Sayad, 2010). Estudios sobre identidades o identificaciones, festividades y encuentros artísticos, organizaciones y participación política demostraron la intersección de lo económico con lo social, cultural y político en diversos contextos (Grimson, 1999; Halpern, 2006; Caggiano, 2008; Gavazzo, 2012; Canelo, 2013). Así, la pertenencia de clase de los y las migrantes excede lo meramente material y se extiende a otras dimensiones que involucran la articulación de *capitales* sociales, simbólicos y culturales útiles como herramienta para lidiar con las desigualdades. En este proceso, es clave la incorporación de un *habitus* de clase que distingue a unos grupos de otros (Bourdieu, 1990), habilitando la creación de fronteras entre un “nosotros” y los “otros” que no solo marca pertenencia sino también exclusión y relaciones de poder (Elias y Scotson, 1994). Así, la *desigualdad* no puede ser vista separada de la *diferencia*, porque cuando la pobreza supone exclusión no solo de bienes económicos, sino también de bienes simbólicos valorados, la discriminación desalienta, descalifica y reduce la voluntad de utilizar canales para el ascenso económico y social (Margulis, 1999, p. 38).

Al respecto, el trabajador migrante de clase baja es percibido en las ciudades como un “otro” muy diferente en términos de la idiosincrasia local, y por ende, discriminado, explotado y sin derechos. La alteridad del “ser migrante” no es entonces solo una marca de distancia cultural sino una propia justificación de su exclusión socioeconómica. Esta articulación de *diferencia* y *desigualdad* hace

que el estigma de “ser otro” y “pobre” se traspase generacionalmente en las familias (“heredando” estigmas y carencias de padres y abuelos migrantes). Sin embargo, también implica que se reelabore y reinvente este estigma, en cada momento histórico específico, a partir de diversas estrategias de movilidad social y de resignificación del origen migratorio. Por estas razones, el problema de “la desigualdad” no es un fenómeno homogéneo que puede analizarse como “una totalidad”, sino que, en función de la diversidad de contextos y experiencias que se registran en nuestras investigaciones sociales, debemos hablar de *desigualdades* resaltando sus múltiples manifestaciones. Así, podremos desarmar sus complejidades y heterogeneidades tal y como se presentan en la vida de las personas como los y las migrantes.

Con esto, analizaré aquí los modos en que las desigualdades se intersectan en los procesos migratorios desde una mirada transversal del género y la generación a partir del análisis de un caso localizado en la periferia de una megalópolis para mostrar cómo se entrecruzan distintas formas de jerarquización en la vida social. Propongo observar esas desigualdades en su complejidad mediante la *perspectiva interseccional* (Mahmood, 2008) que muestra el sistema de estructuras de opresión que son múltiples y simultáneas en la vida de las poblaciones en movimiento. Como veremos, la condición de “ser migrante”, “ser mujer”, “ser pobre” y “ser joven” son pertenencias que en su simultaneidad multiplican la vulnerabilidad de las personas y que las obligan a desplegar estrategias para garantizar la reproducción de la vida, tanto en las familias como en las asociaciones comunitarias.

Para ello, retomaré el análisis iniciado de las variables de *clase, origen migratorio, género y generación* (Gavazzo *et al.*, 2020) para comprender las múltiples desigualdades que enfrentan las mujeres migrantes de una zona específica del Gran Buenos Aires (GBA) a la que podemos considerar segregada, con alta degradación ambiental y vulnerabilidad social como es el Área Reconquista (AR en adelante). Se analizarán materiales de trabajo de campo realizado en 2019 en el marco de una investigación-acción-participativa (IAP) en el AR, especialmente

observaciones y entrevistas en profundidad.<sup>1</sup> Enfocando en la heterogeneidad de experiencias y de recursos movilizados, pretendo comprender los modos en que mujeres de distintas generaciones (madres e hijas, adultas y jóvenes, de ayer y de hoy) desarrollan estrategias individuales y comunitarias propias para adaptarse al entorno y mejorar sus condiciones de vida.<sup>2</sup> Me centraré en dos casos de mujeres de familias migrantes de distintas generaciones (madres/hijas, jóvenes/adultas) problematizando las *desigualdades interseccionales* que experimentan a partir de sus testimonios y trayectorias.

## **El Área Reconquista: desigualdades económicas y ambientales**

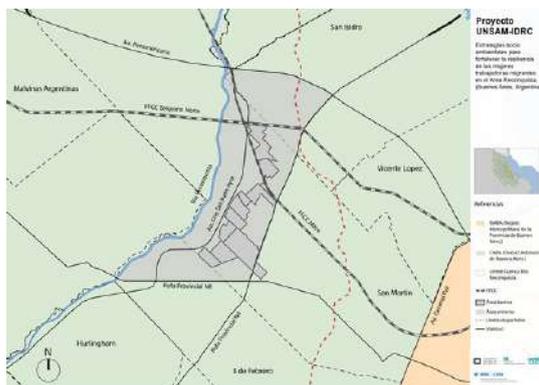
Como en otras partes del mundo, los sectores empobrecidos –sobre todo provenientes del campo– se ven obligados a establecerse en las ciudades en tierras con poco o nulo valor comercial, en áreas inundables y contaminadas debido a derrames industriales, descargas cloacales y basurales “a cielo abierto” en la zona (Curutchet *et al.*, 2012). Tal es el caso del AR, ubicada en el primer cordón del GBA y comprende un conglomerado de unos quince barrios, entre villas y asentamientos,<sup>3</sup> creados en los alrededores de la cuenca del río Re-

<sup>1</sup> El Proyecto “Migrantes en Reconquista” o “Estrategias socioambientales para fortalecer la resiliencia de las mujeres trabajadoras migrantes de la cuenca baja del Río Reconquista, Buenos Aires, Argentina (2019-2022)” es financiado por el International Development Research Centre (IDRC), Canadá, y la Universidad Nacional de San Martín (UNSAM).

<sup>2</sup> Entre marzo y diciembre de 2019 realizamos una observación participante con mujeres migrantes en sus organizaciones comunitarias (comedores, asociaciones y centros culturales), así como también actividades de transferencia y extensión con ellas en la universidad (talleres y festivales). Además, nos compartieron sus historias de vida a través de una serie de entrevistas abiertas, individuales y grupales, con distintos miembros de las familias en sus hogares. Asimismo, en 2020 se mantuvieron contactos telefónicos.

<sup>3</sup> Los asentamientos se caracterizan por su baja densidad poblacional y trazados urbanos regulares y planificados mientras que las villas, por el contrario, se encuentran altamente pobladas y presentan tramas irregulares (RENABAP, 2016).

conquista a la altura del Partido de General San Martín (SM) en las cercanías del basural del CEAMSE, tal como se indica bajo el rótulo “Área Barrios” en el siguiente mapa 1:



En el AR, la mayoría de sus habitantes –más de 100.000 personas– llegaron a la zona y participaron de ocupaciones clandestinas de tierras o compraron el lote a un vecino/a o familiar. A partir del relleno y la elevación del suelo construyeron sus viviendas y urbanizaron de manera informal el territorio, que se combinaron con prácticas que implican diversas movilidades dentro y fuera del espacio barrial para mitigar la exclusión (Segura, 2006). Esas movilidades muestran un rico panorama en cuanto a los orígenes migratorios de gran parte de su población, cuya mayoría proviene de países limítrofes como Paraguay, Bolivia y Perú; pero hay también migrantes del litoral y el norte argentino (principalmente de Chaco, Formosa y Misiones) que llegaron sobre todo en la década de 1980 debido a una serie de inundaciones. Dichas migraciones son mayormente de *origen rural*, coinciden con un período de agotamiento de los recursos del campo, con un cambio en el modelo agroproductivo que se ve afectado por variaciones en las lógicas de mercado, así como también por cuestiones climáticas que llevan a grandes pérdidas económicas y a un empobrecimiento del sector.

Arribados a este sector del noroeste del conurbano bonaerense, esta población vive en condiciones precarias (con inadecuada provisión de servicios básicos, saneamiento y acceso al agua, a la educación y la salud, a la vivienda digna y al trabajo registrado, entre otros) agravada por la exposición a la degradación ambiental (provenientes del basural y de la contaminación del río y sus arroyos). Pobreza y riesgo ambiental son dos problemáticas que se refuerzan mutuamente (Bosana *et al.*, 2015), haciendo del AR un área segregada por una frontera material y simbólica que tiende a aislarla del resto de la trama urbana del Municipio. Así, se intersectan desigualdades económicas y de clase (propias de la economía popular y del trabajo informal), culturales y étnico nacionales (relacionadas al imaginario racializado de origen de sus habitantes), ambientales (que implican problemas de salud endémicos como enfermedades respiratorias y dermatológicas) a las que luego se sumarán las de género y generacionales.

A pesar de estas vulnerabilidades, tal como analizamos (Gavazzo y Espul, 2020), la *urbanización* del AR ha sido posible gracias al trabajo de familias migrantes que llegaron a través de *redes* de parientes y conocidos que ya se habían asentado en el lugar y que les facilitaron vivienda, trabajo e información esencial para su integración a la vida en el GBA. Así se fueron conformando los distintos barrios que integran esta región, adquiriendo características de los lugares de orígenes de las poblaciones que los habitan (como “el barrio de los paraguayos” o “la feria de los bolivianos”, entre otros). Esas redes no solo crearon esta zona urbana, sino que son además la base de las organizaciones comunitarias que reúnen a migrantes y a mujeres, convirtiéndolos en actores centrales en el desarrollo territorial. Por eso, nuestra investigación se centró inicialmente en personas (mujeres, migrantes y descendientes) que están insertas en *espacios de gestión comunitaria* como comedores, asociaciones vecinales, salitas de salud, entre otros. De esta población, analizaremos a continuación los testimonios y vivencias de mujeres migrantes de dos generaciones de familias con distintos orígenes migratorios que se localizan en el barrio de Costa Esperanza (Costa Esperanza) situado al oeste del AR (mapa 2).



Como otros del AR, este barrio surgió de tomas colectivas de tierras a partir de 1999 y su crecimiento fue muy vertiginoso, encontrando su momento más álgido con la crisis del 2001, con altísimo porcentaje de población migrante extranjera de Paraguay, Bolivia, Perú, y en la actualidad también de Venezuela y Colombia. Hace solo dos años se asfaltaron dos de sus calles principales y actualmente se está realizando el tendido de red de agua y cloaca. Muchos/as de sus habitantes viven de los residuos, pero también hay oficios variados como el empleo doméstico en casas de familia, en el rubro de la construcción, en la pequeña industria textil y las ferias callejeras de productos reciclados, con lo que las fuentes de trabajo son informales e inestables, más aún entre los/as migrantes ya que carecen de documentación.

Allí viven mujeres migrantes que conocimos en la investigación y cuyas historias<sup>4</sup> muestran los modos complejos en que opera la

<sup>4</sup> La metodología cualitativa y de corte etnográfico utilizada implicó una serie de encuentros informales con mujeres vinculadas a organizaciones de migrantes, seguida de la construcción de una agenda de acción común con el equipo de la UNSAM, para finalmente acceder a la realización de entrevistas biográficas semiestructuradas, tanto

desigualdad y frente a los cuales desarrollan una serie de estrategias colectivas marcadas por diversas variables.

## **Intersecciones de clase, origen, género y generación en las mujeres migrantes**

Tomemos el caso de *Rosa*, que nació hace 46 años en un pueblo rural llamado Cañón Yerbabuenal en Bolivia. Su familia la envió a Sucre, la ciudad más cercana, desde muy pequeña ya que vivían en el campo y no podían mantenerla. Allí, la alojó su tía haciéndola limpiar para “ganarse” la comida, con lo que no pudo continuar sus estudios. Cuando tenía 13 años vino a Buenos Aires, traída por una vecina de Bolivia quien le prometió contratarla para que cuide de sus hijos mientras ella trabajaba. Cuando llegó se encontró con otra realidad: la familia para la que iba a trabajar no podía pagarle, pero comenzó a colaborar en un comedor, al que describe como “peronista”. Allí realizaba tareas de limpieza y cuidado de niños/as que asistían y le pagaban con mercadería. A los 17 años decidió volver a Bolivia a reunir la documentación necesaria para sacarse el documento argentino, a la espera de cumplir la mayoría de edad. A los 18 años regresó y logró el DNI. Primero vivió en Liniers con una familia de conocidos y luego estuvo un tiempo en Flores. Hace más de 20 años, llegó a Costa Esperanza donde reside actualmente. Cuenta que fue una de las primeras en llegar al barrio pero que al principio no se “hallaba” porque estaba acostumbrada a ver más movimiento y “acá había pocas casas”. Igual conocía algunos “paisanos”<sup>5</sup> y pronto apareció Rómulo, quien luego sería su pareja y padre de sus hijas (también boliviano, había llegado al barrio con su hermana, un tiempo antes que Rosa). En todos estos

---

individuales como grupales, entre hermanas y/o madres e hijas. Esta técnica nos permitió observar dinámicas relacionales entre las generaciones. De todas, seleccioné a estas dos familias por su centralidad para el activismo migrante del barrio y por permitirme comparar el origen boliviano/paraguayo.

<sup>5</sup> Categoría nativa usada para denominar a otros/as bolivianos/as.

años vio la transformación que fue haciendo el barrio, desde cuando había “un lago en el que la gente arrojaba basura” (en la zona que hoy se conoce como “Costa del Lago”, aún menos urbanizada). Pasó por tres inundaciones muy fuertes, algo común en el AR por la conformación del suelo y porque no hay salida de agua que desemboque en el río, y recuerda que tenían que sacar el agua con bombas para poder drenar. A pesar de ello, afirma que no dejaría “su” barrio.

El otro caso es el de *María* (50 años) quien, a fines de la década de 1990 llegó al GBA sola desde la localidad rural de Villarica en Paraguay. Aquí trabajó y envió dinero durante años a sus hijas, quienes habían quedado al cuidado de su madre. Tuvo en total siete hijos, seis mujeres y un varón, dos nacieron en Paraguay y el resto en Argentina. Mientras estaban al cuidado de la abuela la ayudaban en las tareas del campo ya que se sostenían vendiendo frutas y verduras. Pero cuando la menor tenía seis años, María decidió ir a buscarlas y venirse con las tres a Buenos Aires. La abuela se resistió y rompió los documentos de sus nietas para que no pueda llevárselas, pero María se las trajo igual. Con mucho esfuerzo logró hacerles los documentos de nuevo y alquilar una casa en Villa Martelli en Vicente López (barrio cercano a San Martín). Allí trabajaba de noche en una rotisería y durante el día en un bar. A principios del 2000, cuando la crisis golpeaba fuerte, la toma de tierras era una estrategia de supervivencia de los grupos sociales más empobrecidos. En ese contexto, María vio una oportunidad y compró un terreno, loteado clandestinamente, en una zona inundable y contaminada del AR. Así pudo acceder a la vivienda propia en lo que sería el futuro barrio de Costa Esperanza.

Como lo documentan diversos estudios y lo corroboran los casos mencionados, las mujeres que migran hacia Buenos Aires trabajan en la informalidad sobre todo en los usuales nichos laborales disponibles como el *cuidado* de niños y ancianos y/o *el empleo doméstico* remunerado. Pero además, una característica del AR es que también complementan sus ingresos con otras actividades económicas dentro de la economía social, generando diversas estrategias de

sostenibilidad de la vida en el marco de *redes* colectivas (Gago, 2014).<sup>6</sup> Encontramos que entre la población migrante el reciclado de basura y la limpieza del barrio son dos nichos laborales en los que las mujeres desarrollan estrategias para paliar los efectos negativos de la degradación ambiental en la zona (Gavazzo y Nejamkis, 2019). Es, en todo caso, una inserción laboral en empleos precarios e informales, situación que comparten tanto nativos como migrantes, hombres como mujeres.

Sin embargo, debemos considerar las desigualdades de género que se intersectan con las de clase ya que, en la división de los roles de género en familias compuestas por mujeres y varones, estos en ocasiones ejercen un control sobre aquellas quienes tienen “prohibiciones” u obstáculos para trabajar o estudiar mayores. Tal como relata *Zulma* en relación a su madre, María:

Como era madre soltera y todo, siempre había alguna desconfianza de infidelidad, porque no tenía marido y siempre estaba sola (...) y nosotras siempre le tuvimos que hacer frente a todos esos conflictos, especialmente con los hombres paraguayos que son... muy complicados (...) ¡porque son machistas y violentos!

Siempre que ves a una mujer... Esto también es una cuestión cultural no solo de la Argentina sino de todos los países migrantes: ven a una mujer y dicen “¿Cómo está sola?! ¿Cómo puede hacer sola?! Mi mamá tuvo hombres, ¡tuvo propuestas de un montón! (...) ¡y mi mamá no quería! Si siempre le gusto estar soltera, siempre le gusto (su libertad). Y ningún hombre le condicionó. ¡La casa la construyó ella, con nosotras ahí dando una mano, pero ella se puso al lomo todo! Pero lamentablemente en esta sociedad, y más en una sociedad donde hay migrantes, ella tuvo que imponerse un montón de veces.

<sup>6</sup> Tal es el caso de la inserción laboral en las múltiples cooperativas sociales del territorio del AR, ya sea en torno al reciclado y procesamiento de residuos sólidos urbanos o bien en la limpieza de arroyos y manutención de cloacas y redes de agua potable (Cross, 2010; Roig, 2015; Besana, 2016).

Y estas desigualdades en los roles de clase y de género a veces se reproducen de una generación a la otra, como comenta *María (h)*: “Yo siempre trabajé, pero el problema mío con mi pareja era que él no quería que yo trabaje (...) Me metí a la cooperativa, trabajé todo, así y... después ahí de un buen tiempo me separé de él”.

Esta situación que comparten muchas mujeres migrantes con otras nativas de los mismos barrios se agudiza en el caso de que la cultura de origen contenga más elementos patriarcales que la de destino, como es el caso de Paraguay. Distinto es en Bolivia, como se ve en el caso de Rosa y su marido Rómulo que tienen un hogar en donde los cuidados de las hijas y el trabajo remunerado está distribuido de una manera más equitativa que en la familia de “las Monges”. En todo caso, a pesar de estas experiencias compartidas y de la centralidad de las migraciones en la urbanización de estos barrios, existe una marcación étnica del origen migrante que discrimina, especialmente a extranjeros y sus descendientes, la cual se ve en comentarios informales en el espacio público de los barrios y más aún, en los contextos escolares a los que asisten sus hijos e hijas.

Por un lado, la etapa escolar de las primeras tres hijas de *María* fue muy dura, porque solo una sabía hablar algo de castellano (*Zulma*, 33), pero *Liz* (27) y *María (h)* (30) solo hablaban guaraní y esto hizo que sufrieran mucho la discriminación en sus primeros años. Tal es así que *María* les prohibió hablar guaraní entre ellas para que puedan incorporar el castellano, por lo que hoy recuerdan muy poco de su idioma natal. Las hijas siempre ayudaban a su mamá: desde levantar la casa hasta montar un emprendimiento de panadería y otro de costura. Recuerdan que aprendieron “todos los oficios” pero siempre teniendo “como prioridad no abandonar la escuela”. Hoy, “las Monges” (como se las conoce por su apellido) son referencias en el barrio para resolver los problemas de los/as vecinos/as.

Por otro lado, la maternidad ha sido un tema clave en la vida de Rosa. Con Rómulo tienen actualmente dos hijas, *Tiziana* de 15 años y *Maia* de 10, ambas nacidas y criadas en Costa Esperanza. Asisten a un colegio privado de la zona, el cual sus padres pagan con mucho

esfuerzo, pero resaltan constantemente lo importante que es para ellos apostar e invertir en la “buena” educación de sus hijas. Sin embargo, al insertarse al sistema escolar *Tiziana*, la hija de Rosa, se enfrentó a una realidad que se contrapone con la conocida y valorada por su propia familia lo que la expuso a enfrentarse a situaciones de discriminación por ser “hija de bolivianos”. Cuenta que tanto en la escuela primaria como en la secundaria algunos compañeros se referían a ella como “bolita”, “negra”, y su mamá para consolarla le explicaba que ellos “son los bolivianos” pero que ella “es argentina”.<sup>7</sup> Por su parte, las hermanas Zulma y María (h), también relatan la discriminación en su paso por el sistema escolar, presente en situaciones en las que “hablar guaraní” o poseer una “tonada distinta” dejaba en evidencia su procedencia migrante y las hacía foco de los chistes y cargadas. Cuenta Zulma que una de sus hermanas sufrió en la escuela por “no saber hablar castellano”, recibiendo insultos como “paraguaya de mierda”.<sup>8</sup> Como contamos más arriba, ante esta situación, la decisión que tomó la madre fue la de prohibirles hablar en guaraní, reacción de “negación” bastante frecuente cuando se enfrentan este tipo de situaciones traumáticas (Gavazzo, 2011). Esto trajo problemas al interior de la familia y tensiones intergeneracionales, ya que en este caso, es la abuela quien les recrimina que hoy no sepan hablar en guaraní y les dice “yo no voy a hablar castellano porque no es mi cultura”.

<sup>7</sup> La categoría de ‘boliviano’, por ejemplo, es utilizada comúnmente en varias ciudades del país para designar no solo a personas que nacieron en Bolivia, sino también a sus hijos, e incluso a migrantes del norte del país, de modo que “sus hijos son legalmente argentinos, pero socialmente, bolivianos” (Grimson, 2006, p. 78).

<sup>8</sup> En coincidencia con estos testimonios, existen interesantes trabajos en los que se analiza la contradicción entre los ideales de la “primera generación” y los de la sociedad de recepción a partir de la inserción escolar de los niños migrantes e hijos de migrantes en la ciudad de Buenos Aires, especialmente de bolivianos (Novaro y otros, 2008; Beherán, 2007; Sinisi, 1999, entre otros) que resultan útiles para pensar en los estereotipos que entran en juego en las identificaciones de los hijos. Dentro de estos estudios, y como dejamos constancia en un trabajo anterior (Gavazzo, Beherán y Novaro, 2014), la escuela parece ser un “hito”, un momento central en el crecimiento de los hijos y en sus cambiantes modos de identificarse o no con el país de origen de los padres.

Por eso, en el marco de una mirada adultocéntrica que recarga las expectativas de movilidad en las nuevas generaciones y los obliga a “obedecer” mandatos, se dan tensiones y desigualdades entre las generaciones en las familias migrantes en torno al rol que cumplen en las estrategias de ascenso. Es preciso examinar los dilemas intergeneracionales que deben atravesar y que generan tensiones, disputas y también alianzas entre las madres/padres migrantes y sus hijas/os (Foner, 2009; Pedone, 2010; Gavazzo, 2012).

En cuanto a las disputas, la presión de los padres y madres hace que en ocasiones los/as hijos/as no puedan alcanzar esas expectativas de sus padres y de la sociedad en la que nacieron y/o crecieron (Foner, 2009). Cuando las expectativas de los mayores con respecto al “futuro educacional y profesional” de sus menores a cargo es alta, las mismas pueden generar tensiones intergeneracionales al interior de la familia. De esto resulta que “cuando los padres se sienten frustrados y amenazados por los nuevos valores y comportamientos a los cuales sus hijos están expuestos, intentan ajustar su dominio, lo que, como resultado, aumenta el resentimiento de los hijos y el deseo de eludir el control parental” (p. 5).

En ese sentido, según cuenta la hija de Rosa, Tiziana:

Es muy distinto como mis papás se manejan, hace 3 semanas fue mi primer 15, me llevó mi papá y anotó el número del papá de la quinceañera, y me hicieron los dos una encuesta de preguntas, yo me quería ir a dormir y me preguntaban que hicieron, que bailaron, que pasó, me preguntaron todo. Hay mamás que no lo hacen “ahh ¿fuiste a un 15? qué bueno, ahora andá a dormir”. Mis papás me tienen así (seña de que la tienen cortita), me revisan el celular 1 vez por semana.

Ante el relato de su hija acerca de cómo la crían, Rosa contesta: “yo controlo por su bien, es una manera de que haga lo que uno le dice por su bien, hasta que no salga profesional no paramos. No es cuestión de que vaya a la escuela y nada más”.

Si bien las nuevas generaciones intentan responder a los deseos y expectativas de sus madres/padres; también están en juego sus

deseos y expectativas propias que muchas veces se contraponen a la de sus madres y van en detrimento de los “sacrificios” que estas realizan para que logren la ansiada movilidad social ascendente. Tal es el caso de las hijas de María, quienes relatan cómo una de las hermanas fue “un dolor de cabeza para la madre”, cuando manifestó su deseo de ser mamá mientras aún estaba en la escuela. Zulma cuenta como fue ese diálogo: “Un día agarró y dijo ‘yo no quiero hacer lo que vos me decís, ¡yo quiero ser mamá!’ mi mamá le dice ‘¿cómo vos querés ser mamá? Vos sos muy joven para ser mamá y tener pareja; vos tenés que estudiar’. A los 6 meses se juntó y tuvo una hija”.

Por una parte, esta tensión entre las expectativas de la madre (respecto al acceso a la educación) y los deseos de su hija (de ser madre) deja al descubierto la expectativa de transformación en los roles y la desigualdad de género “anteriores” (o sea, experimentadas por las mayores) en el “ahora” (para que las jóvenes puedan elegir un rol diferente e insertarse en el mercado laboral como trabajadoras calificadas). Por otro, si tenemos en cuenta que la mayoría de los estudios sobre descendientes de inmigrantes exploran la relación entre hijos/as adolescentes o jóvenes adultos/as y sus madres en la fase de mediana edad, debe remarcarse que además las relaciones cambian en tanto hijos/as y madres crecen y se hacen mayores.

En relación a las alianzas, la crianza se traduce en intentos de enseñar la cultura de origen a los hijos, mediante su reproducción en el ámbito doméstico (comidas, música, ritos) o su consumo en ámbitos públicos (ferias, mercados, festividades). Las dos hijas de Rosa por ejemplo participan del ballet “Raíces jujeñas”, en el que bailan danzas típicas del norte argentino y Bolivia. Tiziana es “la artista” de la familia, según la definen sus padres, participó en concursos de canto y desde muy pequeña es quien anima las fiestas familiares y participa de los bailes y celebraciones de la comunidad boliviana en el barrio. Tuvo la oportunidad de conocer Bolivia en varias ocasiones, donde –cuenta– conoció “el campo” donde nació su mamá y pudo experimentar la gran diferencia que hay con “la ciudad”, y entre sus familias en ambos países. Como vemos, la “transmisión cultural” (o, mejor dicho, la

“construcción colectiva de una identidad” como propuse en Gavazzo, 2012) puede implicar relaciones de cooperación y cercanía, tanto cultural como afectiva entre las generaciones. Por ejemplo, Tiziana dice de su madre “nos inculca mucho los bailes típicos, las comidas y como son allá. Yo desde los ocho años bailé Morenada”.

Asimismo, es interesante explorar las relaciones de cooperación entre mujeres de distintas generaciones en relación al activismo migrante. Hitos como la crisis de 2001, en la que las mujeres se encontraban al frente de piquetes, ollas y cortes de ruta, muestran diferencias en las trayectorias entre aquellas que vivieron y protagonizaron eventos políticos importantes para la zona y se formaron como lideresas y referentes territoriales. Como cuenta Zulma, la hija mayor de María, “las Monges” fueron de las primeras en organizar a la comunidad para sobrevivir a la crisis; ese fue el inicio del comedor comunitario que poseen hoy. Años más tarde, María y sus hijas se incorporaron a la organización denominada CTEP,<sup>9</sup> lo que las colocó al frente de cooperativas como la de limpieza de arroyos, así como también de comedores y centros comunitarios. En ese sentido, “el protagonismo de cuidados de las mujeres en la reproducción social de las familias derivó en su protagonismo en los cuidados de la comunidad” desarrollando, en algunos casos, un liderazgo migrante (Guizardi *et al.*, 2018, p. 47), tal como se puede entender en la historia familiar de María. Tal como relata Zulma: “Acá en la zona Reconquista las que siempre han encabezado todas las luchas siempre fueron mujeres. Vas a conocer a Adalina de 8 de Mayo, a Alicia del Diego Duarte. Todas mujeres. Las hermanitas que ayudaron a levantar la iglesia, además de que había un cura...”.

Esa olla que surge como respuesta a la crisis del 2001; en 2003 se transformaría en el comedor “Vivan los sueños felices”, del que hasta hoy “las Monges” siguen al frente. Luego de varios años de trabajo

<sup>9</sup> Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP ahora UTEP): es una organización gremial independiente de todos los partidos políticos, representativa de los trabajadores de la economía popular y sus familias.

allí, comenzaron a realizar emprendimientos productivos como panadería comunitaria, que iniciaron gracias al aporte de maquinarias que recibieron del Ministerio de Desarrollo Social. Por esa época también comenzaron a vincularse con organizaciones políticas, como Barrios de Pie, a través de la cual lograron que María “cobre un plan” con el que sostenían el comedor comunitario. Así las hermanas fueron participando de cooperativas de limpieza de arroyos, militando primero en la organización Barrios de Pie y luego en el Movimiento Evita, donde en la actualidad continúan. Hoy, María, ya pensionada, aún sigue colaborando en la cooperativa de limpieza del arroyo.

Desde 2013, tanto María (h) como Zulma y otras más de las hermanas, se sumaron a militar en estas organizaciones donde crearon el Frente de Mujeres para ayudarse entre sí ante situaciones de violencia de género y de dificultades económicas. Según afirman “entre ellas construyen un feminismo más comunitario”, principalmente desde la Casa de la mujer “Kuña Guapa”, una organización que atiende las problemáticas y promueve la organización de mujeres migrantes de esta zona del AR por donde transitan unas 200 vecinas por semana. Ahí funciona la consejería para trámites migrantes desde hace ya dos años. También realizan jornadas de salud y autocuidados con perspectiva de género en conjunto con el Centro de Atención Primaria de la Salud N°10 y el Centro Comunitario 8 de Mayo, acercando un camión sanitario a la sede donde las mujeres acceden a exámenes ginecológicos, entre otros estudios.

Por su parte, desde que llegaron al barrio, tanto Rosa como su esposo realizan actividades con la comunidad boliviana. Rómulo, organiza torneos de fútbol con sus compatriotas. Desde hace más de 11 años comenzaron a organizarse y a tramitar la personería jurídica; hoy son referentes de la comunidad migrante en el barrio, organizan fiestas culturales y religiosas. Desde 2019 Rosa, quien venía realizando actividades con las mujeres migrantes, como por ejemplo la confección de los trajes para los bailes de las distintas comunidades, decidió formar una organización a la que llamó “Colectividades Unidas Sin Fronteras”. Comenzaron a reunirse mujeres migrantes

provenientes de Bolivia, Paraguay, Perú y Colombia para ayudarse mutuamente, elaborar souvenirs para las fiestas patronales de la parroquia de la zona, intercambiar comidas, experiencias y vivencias. Se generó un espacio de encuentro donde podían compartir los distintos problemas y necesidades que tienen. Así, Rosa comenzó a movilizarse y articular con otras organizaciones, con el municipio y con la universidad para colaborar e intentar resolver algunos de estos problemas (trámites de DNI, situaciones de violencia de género, falta de trabajo, etc.). En contexto de pandemia algunas de las mujeres que integran esta organización iniciaron un emprendimiento para vender almohadones artesanales, bordados y pintados a mano. Todo lo confeccionan en el taller que posee Rosa en su casa, con la ayuda también de Rómulo que realiza las tareas de moldería y costura.

Ambas organizaciones, “Kuña Guapa” y “Colectividades Unidas sin Fronteras” son parte central del entramado organizativo del barrio de Costa Esperanza, ayudando a vecinos/as y organizando eventos culturales y religiosos de las colectividades boliviana y paraguaya, convirtiéndose entonces en sus interlocutoras con la comunidad y el estado. Mientras que la segunda fue fundada por la madre, la primera la crearon las hijas.

A ese respecto, el *trabajo comunitario* –principalmente realizado por mujeres– se ve reflejado por una concepción amplia de *cuidado* establecida por Tronto (1994, citado en Rosas, 2018), como “aquellas actividades dirigidas a conservar, continuar y reparar nuestro mundo, para que podamos vivir en él lo mejor posible; considerando que ese mundo incluye nuestros cuerpos, nuestras individualidades y nuestro entorno”. En ese sentido, como señala Gonzales Martín (2009),

La incorporación a una organización puede ser significada como un espacio de desarrollo personal, y a través del cual se construyen redes de reciprocidad. Beneficios para las mujeres que no se reducen a la satisfacción de algunos bienes y servicios básicos para la familia, sino también para sí mismas, reconociéndose “mujeres”, reivindicando derechos específicos, y en tanto ciudadanas (p. 181).

Entonces, el ser pobre, trabajador de la economía popular y habitante de estos barrios constituye una forma de desigualdad que se intersecta con la condición migrante y la de ser mujer aumentando la vulnerabilidad, pero también brindando capitales sociales necesarios para los cuidados comunitarios y las estrategias familiares y colectivas de mejoramiento en la calidad de vida. Y si bien, las desigualdades pueden “pasarse” de una generación a otra, los capitales también, constituyendo herramientas para que las hijas puedan asegurarse el éxito en sus trayectorias educativas y laborales, así como también continuar y potenciar la participación activa de sus madres como lideresas de las organizaciones comunitarias.

## **Reflexiones finales**

Retomando algunos aportes de los estudios migratorios, feministas y generacionales, el objetivo del presente capítulo ha sido analizar las estrategias –individuales y comunitarias– que despliegan las mujeres migrantes y sus hijas para lidiar con las desigualdades interseccionales en un caso específico del AR en el GBA, mediante la comprensión de las heterogéneas formas de organización comunitaria y apropiación de capitales.

Como vimos, las primeras generaciones (las madres y mayores, en estos casos Rosa y María) tienen en común el origen rural como entorno familiar y el trabajo en el campo como primera experiencia laboral. Ambas emigran a muy temprana edad, específicamente preadolescentes, y por la misma razón: la búsqueda de trabajo mejor remunerado en el sector doméstico urbano. Ambas llegan a la Argentina desde Bolivia y Paraguay en la misma época: segunda mitad de la década de 1990. Ambas centran su vida en la crianza de sus hijas, mujeres en ambos casos, y fundan organizaciones comunitarias en el lugar de destino, específicamente en el AR, desplegando solidaridad y cuidados colectivos que les permitieron desarrollarse como personas y referentes territoriales, logrando

un reconocimiento de sus vecinos y vecinas. De alguna manera lograron “politizar” su pertenencia cultural como “migrantes” y “mujeres” y de ese modo empoderarse, a pesar de que el precio ha sido una sobrecarga de trabajo comunitario. Asimismo, ambas representan los dos flujos migratorios en los que se insertan: tanto quienes vienen de Bolivia como de Paraguay son marcados étnicamente como “otros” e “inmigrantes” no deseados, aunque con algunas diferencias: en el primer caso se migra en familia y se inserta laboralmente en rubros más diversificados mientras que en el segundo son mayormente las mujeres quienes hoy llegan a la ciudad de Buenos Aires que se emplean en casas particulares como tareas de cuidados y limpieza. La generación de las hijas por su parte ha sufrido discriminación por el origen familiar en la etapa escolar.

Sin embargo, aunque podemos considerar a ambas madres como parte de una misma generación (la primera, la que migró a la Argentina y crío a sus hijas en este país) las diferencias de edad se verifican en las experiencias y estrategias desplegadas para la reproducción de la vida, poniendo en cuestión esta clasificación. Por ejemplo, María crea una organización sin marca étnica sino de clase (un comedor) mientras que Rosa asume la condición migrante como eje unificador, algo habilitado por los contextos políticos en que cada organización surge. Estas diferencias se observan en la generación de las hijas también, en tanto son las hijas de María quienes retoman el origen migratorio como soporte de su participación en la organización que ellas mismas fundan; mientras que las hijas de Rosa, que recién están atravesando la adolescencia, aún se encuentran –por una cuestión de edad– vinculadas y participan únicamente a la organización de su propia madre. En todos los casos, la participación de las madres funciona como modelo para la de las hijas, como un capital político que ellas pueden y podrán utilizar a su favor para lograr sus propios objetivos. En ese sentido, si bien las alianzas son necesarias en cuestiones como la violencia doméstica y de género, existen diferencias entre las generaciones (genealógicas y etarias) que en ocasiones las enfrentan

en conflictos de difícil solución e implica la creación de sus propias organizaciones con sus demandas y estilos de liderazgo una vez que se sienten lo suficientemente empoderadas. Como analicé en otro trabajo (Gavazzo, 2018), las más jóvenes traen a discusión temas que las mayores en ocasiones no toleran ni consideran en sus agendas como la diversidad sexual, el deseo y el aborto, sobre todo cuando –como en este caso– se encuentran vinculadas a la moralidad de las iglesias cristianas.

En todo caso, las desigualdades materiales en el acceso al mercado de trabajo y a los beneficios de la ciudad (como la salud y la educación) se suman a otras simbólicas como el estatus, el prestigio y el reconocimiento. El estigma de ser “boliviana”, “paraguaya” o “extranjera”, “joven” “mujer” o “vieja” agrava la vulnerabilidad de estas mujeres mediante la multiplicación de su exclusión, obligándolas a desarrollar estrategias para mejorar sus condiciones de vida y las de sus familias y vecinos/as. En este marco la perspectiva interseccional visibiliza la complejidad de las desigualdades en relación a las marcas de origen migratorio, de género y generacionales: desde la xenofobia que sustenta tanto la discriminación contra los y las migrantes regionales como así su precarización laboral y el patriarcado que somete a las mujeres a un rol pasivo limitado al hogar y los cuidados, hasta el adultocentrismo que busca domesticar las miradas y experiencias de los y sobre todo las jóvenes que deben lidiar con las expectativas de sus madres (y padres) de mantener la pertenencia cultural y ascender económicamente en un contexto en el que son frecuentemente denigrados y silenciados. Estas formas de opresión y dominación conviven de manera contradictoria en las vidas de cada mujer, de cada familia, de cada generación. En todos los casos, las mujeres de distintas generaciones muestran su capacidad de agencia mediante estrategias de adaptación y ascenso social mediante las redes, el trabajo y la educación como capitales centrales de los cuales sus familias y las organizaciones que crean se pueden valer para caminar hacia un futuro mejor que el que dejaron atrás.

## Bibliografía

Benencia, R. (2009). El infierno del trabajo esclavo. La contracara de las exitosas economías étnicas. *Revista Avá*, (15), 43-72. <http://argos.fhycs.unam.edu.ar/handle/123456789/472>.

Besana, P. *et al.* (2015). Pobreza urbana, comunidad local y Estado-socio en Argentina: la provisión de servicios públicos en un asentamiento de la Región Metropolitana de Buenos Aires. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales* 60(225), 79-102.

Bourdieu, P. (1990). Algunas propiedades de los campos. *Sociología y cultura*, 135-141. México: CONACULTA.

Brettell, C. y Hollifield, J. (2000). Theorizing Migration in Anthropology. The Social Construction of Networks, Identities, Communities, and Globalscapes en C. Brettell y J. Hollifield (edits.). *Migration Theory, Talking across Disciplines*. Nueva York, Londres: Routledge. Taylor & Francis Group.

Caggiano, S. (2008). “Mostrar lo no dicho. Clase, «raza» y género en las imágenes visuales de bolivianos/as en la prensa”. *II Encuentro de Latinidades*.

Canelo, B. (2013). *Fronteras internas. Migración y disputas espaciales en la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.

Cerruti, M. (2009). *Diagnóstico de las poblaciones de inmigrantes en la Argentina*, Serie de documentos de la Dirección Nacional de Población 02, Secretaría del Interior, Ministerio del Interior. Organización Internacional para las migraciones (OIM).

Cross, C. (2010). Políticas sociales focalizadas y producción de capacidades colectivas en una organización barrial del Área Reconquista en C. Cross y M. Berger (comps.), *La producción del trabajo asociativo*. Buenos Aires: CICCUS.

Curutchet, G. *et al.* (2012). Degradación ambiental y periferia urbana: un estudio transdisciplinario sobre la contaminación en la Región Metropolitana de Buenos Aires. *Revista Ambiente y Sociedad*, (15) 173-194. <https://doi.org/10.1590/S1414-753X2012000200010>

Dalle, P. (2013). Movilidad social ascendente de familias migrantes de origen de clase popular en el Gran Buenos Aires. *Trabajo y Sociedad*, (21) 373-401. <https://www.unse.edu.ar/trabajosociedad/21%20DALLE>.

Domenech, E. y Magliano, M. J. (2009). Género, política y migración en la agenda global. Transformaciones recientes en la región sudamericana. *Revista Migración y Desarrollo*, (12) 53-68.

Elías, N. y Scotson, J. (1994). *Os Estabelecidos e os Outsiders: Sociologia das relações de poder a partir de uma pequena comunidade*. Río de Janeiro: Jorge Zahar.

Foner, N. (2009). Introduction: Intergenerational Relations in Immigrant Families en *Across Generation: Immigrant Families in America*. Nueva York: New York University Press.

Gago, V. (2014). *La razón neoliberal: economías barrocas y pragmática popular*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Gavazzo, N. (2011). Acceso Diferencial a la Ciudad: Identificaciones y Estereotipos entre los Hijos de Inmigrantes Bolivianos y Paraguayos en Buenos Aires. *SSIIM Paper Series*, (7), SSIIM UNESCO Chair, Università Iuav di Venezia, Italia.

Gavazzo, N. (2012). “Hijos de bolivianos y paraguayos en el Área metropolitana de Buenos Aires. Identificaciones y participación entre la discriminación y el reconocimiento”. Tesis de doctorado, Universidad de Buenos Aires.

Gavazzo, N. (2018). Ni una migrante menos: generación y género entre las migrantes organizadas en Buenos Aires en M. R. Gaviria Mejía (org.). *Migrações e direitos humanos: problemática socioambiental*. Lajeado: Ed. da Univates.

Gavazzo, N. y Nejamkis, L. (2019). Estrategias socioambientales para fortalecer la resiliencia de mujeres trabajadoras migrantes en la cuenca del Río Reconquista, Buenos Aires, Argentina. *Congreso Internacional IUAES*, Polonia.

Gavazzo, N. et al. (2020). Intersecciones entre migración, clase, género y generación. *ReviISE - Revista De Ciencias Sociales Y Humanas*, 16(16) 115-130. <http://www.ojs.unsj.edu.ar/index.php/reviise/article/view/488>

Gavazzo, N. y Espul, S. (2020). La educación de las nuevas generaciones como herramienta de ascenso social para las familias migrantes del Gran Buenos Aires. *PERIPLOS, Revista de Investigación sobre Migraciones*, 4(1) 147-173.

González Martín, M. (2009). Mujeres, Migrantes, Militantes: una reflexión des-esencialista sobre los procesos de identificación entre mujeres bolivianas que participan en una organización política de izquierda. *Temas de Patrimonio*, (24) 173-190.

Grimson, A. y Godoy-Anatuvia, M. (2003). Introducción. *Revista Estudios Migratorios Latinoamericanos*, 17(52) 507-517.

Grimson, A. (2006). Nuevas xenofobias, nuevas políticas étnicas en la Argentina en A. Grimson y E. Jelin (comps.), *Migraciones regionales hacia la Argentina; diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.

Grimson, A. (2011). *Los límites de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Guizardi, M. et al. (2018). De feminismos y movibilidades. Debates críticos sobre migraciones y género en América Latina (1980-2018). *Rumbos TS*, (18) 37-66. <http://revistafacso.ucecentral.cl/index.php/rumbos/article/view/6>.

Halpern, G. (2006). "Etnicidad, inmigración y política: representaciones y cultura política de exiliados paraguayos en Argentina". Tesis doctoral en Antropología, UBA.

Hinojosa, A. (2009). *Buscando la vida. Familias bolivianas transnacionales en España*. La Paz: CLACSO, Fundación PIEB.

Maguid, A. (1995). Migrantes limítrofes en la Argentina: su inserción e impacto en el mercado de trabajo. *Estudios del trabajo*, (10) 47-75.

Mahmood, S. (2008). Feminist theory, embodiment, and the docile agent: Some reflections on the Egyptian Islamic revival. *Cultural anthropology*, (16) 202-236. <https://doi.org/10.1525/can.2001.16.2.202>.

Margulis, M. (1999). La racialización de las relaciones de clase en M. Margulis, M. Urresti y otros (eds.), *La segregación negada. Cultura y discriminación social*. Buenos Aires: Biblos.

Pedone, C. (2010). Lo de migrar me lo tomaría con calma: representaciones sociales de jóvenes en torno al proyecto migratorio familiares en *Tránsitos migratorios: contextos transnacionales y proyectos familiares en las migraciones actuales*. España: Ediciones de la Universidad de Murcia.

Pedreño, A. (2010). Carrera y fracaso en las trayectorias sociales de los hijos de inmigrantes en *Tránsitos migratorios: contextos transnacionales y proyectos familiares en las migraciones actuales*. España: Ediciones de la Universidad de Murcia.

Portes, A. (1997). *The Economic Sociology of Immigration. Essays on Networks, Ethnicity and Entrepreneurship*. Nueva York: Russell Sage Foundation.

RENABAP, 2016. *Informe General Período 08/2016 a 12/2017*. <https://zuletasintecho.files.wordpress.com/2018/04/resumen-informe-de-gestio-c3b3n-renabap-ac3b1o-2017-docx.pdf>

Roig, A. (2015). Separar de sí, separar para sí: aproximaciones a las prácticas de ahorro domésticas en sectores populares urbanos argentinos en A. Roig y A. Wilkis (coords.). *El laberinto de las finanzas y de la moneda. Nuevas perspectivas de los Estudios Sociales de la economía*. Buenos Aires: Biblos.

Rosas, C. (2018). Mujeres migrantes en el cuidado comunitario. Organización, jerarquías y disputas al sur de Buenos Aires en C. Vega, R. Martínez-Buján y M. Paredes (eds.), *Experiencias y vínculos cooperativos en el sostenimiento de la vida en América Latina y el sur de Europa*. España: Traficante de sueños.

Sassen, S. (2000). Women's Burden: Countergeographies of Globalization and the Feminization of survival. *Journal of International Affairs*, 53(2) 503-524.

Segura, R. (2006). Segregación residencial, fronteras urbanas y movilidad territorial. Un acercamiento etnográfico. *Cuadernos del IDES*, (9).